

Matthew Simonton
Classical Greek Oligarchy. A political history

Princeton University Press, Princeton (NJ), 2017, 355 pp.

Píndaro aludió por primera vez a la clasificación tripartita de las formas de gobierno: gobierno de uno, de pocos y de los muchos. Heródoto la desarrolló en el famoso Debate de los Persas, y Aristóteles la elaboró teóricamente. Sin embargo, mientras del gobierno de los muchos –la democracia– se ha escrito harto, y algo menos del gobierno de uno –trátese de los tiranos griegos arcaicos y clásicos o de los reyes helenísticos–, de la oligarquía se ha escrito comparativamente poco. Este es el punto de partida de Simonton (S); y sin dejar de considerar que regímenes políticos actuales, sedicentes democráticos, están bajo la sospecha de ser oligarquías, el autor no pretende hacer una obra “prescriptiva”, que nos diga algo sobre la forma de llevar nuestra vida política. S subraya que la suya es una “historia política”: esto es, por un lado, que quiere apartarse del tipo de teoría política normativa; por otro lado, que, mientras hay una tendencia, al parecer dominante, a estudiar las élites griegas en términos (principal o exclusivamente) sociales y culturales, el autor de *Classical Greek Oligarchy* se interesa en la oligarquía como una forma de régimen político (los específicos aspectos “constitucionales” importan, nos dice).

Seguramente S marcha a contrapelo de la corriente dominante en la historiografía de la Antigüedad griega: la oligarquía no era la forma de gobierno más difundida entre las ciudades griegas, sostiene en primer lugar; y no era una herencia ancestral. El *dēmos* no tuvo que esperar hasta la época clásica para obtener algún tipo de participación en los asuntos de la polis; fue,

por el contrario, entre fines del siglo VI aC y mediados del siglo V que, en muchas ciudades griegas, la élite percibió la *dēmokratía* como una amenaza a sus intereses y creó distintos repertorios de instituciones políticas y sociales para evitar ese peligro; eso fue lo que llamamos *oligarkhía*. Pero tampoco este régimen llegó a ser el más frecuente en la época helenística, no antes de la intervención romana por lo menos.

La revisión de los testimonios de la época arcaica permite concluir, para S., que, en efecto, el demos tenía algún papel en las ciudades: ya en la épica homérica, la *agorē* del pueblo –la asamblea– atestigua, aprueba y legitima las acciones y decisiones comunales. Las inscripciones corroboran la existencia de ese papel, mientras, por su parte, los poetas, Alceo, Arquíloco o Teognis, están familiarizados con la presencia del pueblo en la asamblea, y en Esparta, la Rhetra garantiza el *kratos* al *damos* (aunque, piensa S., es más probable que haya sido un equilibrio de poderes lo que allí se establecía). En todo caso, seguramente en ninguna parte el pueblo era “soberano”, *kurios*, en el sentido de la Atenas clásica; pero tampoco era una nulidad. La *dēmokratía* no fue resultado de un movimiento espontáneo de las masas ni un regalo de la élite, afirma S; llegó su hora cuando maduraron ciertas condiciones –un aumento de la riqueza y la urbanización–, y cuando la división de la élite proporcionó al pueblo un liderazgo que aumentaba sus posibilidades en el enfrentamiento. Entonces (esto es, a fines del siglo VI), “no member of the elite would have offered the kinds of reforms promised by Cleisthenes of Athens unless he felt there was no alternative”. Esta conclusión, sin embargo, deja mucho por explicar.

Pero el tema es la oligarquía, y esta se define como el gobierno de los “pocos” que son, casi sin excepción, “ricos”, como sabía Aristóteles. Ahora bien, nos recuerda S, la noción de “riqueza” es construída culturalmente y es históricamente contingente. En el mundo griego arcaico, se trata generalmente de la capacidad de criar caballos: así lo muestran las denominaciones de *hippeis*, *hippobotai*, y, entre otras, la misma constitución de Solón en Atenas (solo que aquí los *hippeis* forman la “segunda clase”). Con todo, parece que la mayoría de las oligarquías se conformaban con fijar una renta (*timēma*) para el acceso a los cargos superiores. Conviene tener en cuenta que Esparta no era una oligarquía típica, y ninguna oligarquía –simpatizante de aquella o contando con su ayuda– intento aplicar en su orden interno el régimen de hoplitas que caracterizaba a los lacedemonios.

El problema de las oligarquías, como Aristóteles observó, era la inestabilidad. Sobre todo, debían mantener la unidad en sus propias filas y evitar una acción colectiva del demos. S. ilustra el problema con el Dilema del Prisionero de la teoría de juegos (el autor tiene cierta predilección por ella). Si los miembros del demos consideran que el costo potencial de la acción colectiva supera los potenciales beneficios de derrocar la oligarquía y establecer una democracia, se abstendrán de la resistencia. Del mismo modo,

los miembros de la élite tienen que comparar los costos del establecimiento de la tiranía de uno de ellos con los beneficios de la cooperación entre pares. A largo plazo, la cooperación es lo más racional (algo de lo que los oligarcas griegos no siempre estuvieron convencidos).

Por lo tanto, los métodos de la oligarquía radicaban en la necesidad de mantener la igualdad entre sus miembros: el veto, como medio de preservar el statu quo; el consenso, el voto secreto, la legislación suntuaria, el control de las conductas que pudieran ser disruptivas. Para tener a raya a la oposición popular, en cambio: la violencia legal y extralegal, incluyendo medios tan poco sofisticados como el asesinato; las asambleas de participación limitada, la cooptación de elementos de fuera de la élite y la recompensa a los informantes. Dado que el espacio público era por definición el espacio de la polis, las oligarquías podían sentir especial interés por su control, a través de medios que iban de la expulsión al clientelismo. La manipulación de la información resultaba también esencial. En resumen, la consideración sobre los métodos de la oligarquía ocupa 4 de los 6 capítulos del libro de S., unas buenas 150 páginas. Como es evidente, tales métodos no eran exclusivos de la oligarquía; piénsese, por ejemplo, en el ostracismo en la Atenas democrática, forma mesurada de expulsión del espacio cívico; y, desde luego, en la violencia, sobre la que Tucídides, entre otros, nos ilustra tan bien. Podemos preguntarnos asimismo si clientelismo y manipulación no reaparecen en los distintos regímenes políticos. Es verdad que S no dice que tales métodos fueran propios solo de los “Pocos”.

La *stasis* era endémica en la Grecia clásica, pero afectaba de diferente modo los distintos tipos de régimen político. Nuevamente, la teoría de juegos tiene mucho que enseñarnos sobre los procesos de *Regime Breakdown*. El resultado final fue que la oligarquía no era ya viable como alternativa a la democracia en la época clásica. Fue “el eclipse de la *oligarkhía*”: su descrédito perduró después de Queronea y, contra lo que se ha solido creer, la democracia parece haber sido la forma de gobierno más difundida en la época helenística. Pero el consenso académico en la materia está cambiando, nos asegura S.

El autor utiliza no solo a los autores clásicos, sino también algunos documentos descubiertos recientemente (como decretos de Kyme eólica y de Mylasa en Caria, ambos del siglo III aC), y, abundantemente, obras de ciencia política. En apéndice se incluye una lista de las ciudades sobre cuyo régimen político tenemos información, basado (pero no totalmente) en el *Inventory of Archaic and Classical Poleis* de Hansen y Nielsen. La naturaleza de su obra y de las fuentes disponibles impedía evidentemente una aproximación prosopográfica, como la de Ronald Syme a la oligarquía romana. Pero nos hubiera gustado una mirada más sintética al tema; más “aristotélica”, por así decir.

ERWIN ROBERTSON
Universidad Metropolitana de
Ciencias de la Educación